

Europa después de Europa

Ivan Krastev



PUV
UNIVERSITAT
D'VALÈNCIA

Europa después de Europa

IVAN KRASDEV

Europa después de Europa

Traducción
Gonzalo Gómez Montoro

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *After Europe*

Edición original en inglés en 2017

La presente obra se publica por acuerdo con University of Pennsylvania Press

© Ivan Krastev, 2017

© De esta edición: Universitat de València, 2019

© De la traducción: Gonzalo Gómez Montoro, 2019

Publicacions de la Universitat de València

Arts Gràfiques, 13 • 46010 València

<http://puv.uv.es>
publicacions@uv.es

Coordinación editorial: Juan Pérez Moreno

Imagen de cubierta:

Mural pintado por Banksy en Dover (Kent) con motivo del Brexit,

Paul Bissegger (2017)
Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-9134-464-3

Índice

Agradecimientos

Introducción. El síndrome de *déjà vu*

1. Nosotros los europeos

2. Los verdaderos representantes del pueblo

Conclusión. Las posibilidades de supervivencia de la UE

Bibliografía

Agradecimientos

Creo que me resultaría más fácil identificar a los cientos de miles de refugiados e inmigrantes que llegaron a Europa en 2016 que nombrar a todas las personas e instituciones que me han ayudado a escribir este libro.

La existencia de este libro se debe en gran medida a Lenny Bernardo, que lo leyó y revisó dos veces y me hizo numerosas sugerencias. Muchas de las ideas que desarrollo surgieron durante conversaciones que mantuve con Stephen Holmes y Mark Leonard. Jan-Werner Müller y John Palatella no solo leyeron e hicieron lúcidos comentarios sobre el texto, sino que también me ayudaron a precisar mis tesis sobre los nuevos partidos populistas. Soli Ozel y Fyodor Lukyanov hicieron interesantes aportaciones sobre la política de Turquía y de Rusia. También estoy en deuda con Damon Linker, mi editor en Penn Press, y con mi agente literario Toby Mundy, por su constante asesoramiento. Toby tuvo el acierto de decirme que solo hay algo peor que escribir un libro durante una gran transformación: no escribirlo.

También me gustaría darles las gracias a mis colegas del Centro de Estrategias Liberales de Sofía y, en especial, a Yana Papazova por sus ánimos y ayuda incondicionales. Nunca hubiera podido terminar este libro sin su colaboración. Por otra parte, el IWM me proporcionó las condiciones de trabajo idóneas. También he aprendido mucho en las reuniones y en las conversaciones durante las comidas con mis compañeros del IWM, en particular con

Holly Case y con Shalini Randeria. Solo un norteamericano experto en historia europea del siglo XIX puede tener la pasión de Holly por la UE y solo un intelectual indio que haya hecho toda su carrera en Europa puede tener los conocimientos que Shalini posee sobre la política y la historia del continente.

Hace dos años tuve la suerte de que el *New York Times* me propusiera escribir un artículo mensual. La disciplina que he adquirido gracias a esta obligación y la ayuda de mis editores Clay Risen y Max Strasser me han ayudado a centrarme en los aspectos fundamentales de la actualidad política europea. Marc Plattner, del *Journal of Democracy*, me facilitó el acceso a mucha documentación y, al mismo tiempo, me hizo pertinentes sugerencias. A Adam Garfinkel, que me hizo ver lo que ocurría en Europa desde otra perspectiva, le debo el título de la conclusión del libro.

También me gustaría darle las gracias a mi familia, con quienes suelo conversar a diario sobre lo que pasa en el mundo: mi esposa, Dessy, que es una experta en el arte de disentir y de hacer preguntas insólitas; a mi hija Niya y a mi hijo Yoto, que solo por el hecho de existir me hacen intentar comprender el mundo en el que les ha tocado crecer.

Introducción

El síndrome de *déjà vu*

Un telegrama escrito en letras mayúsculas llegó a finales de junio de 1917 a un remoto cuartel situado en los confines del Imperio de los Habsburgo: «SE RUMOREA HEREDERO AL TRONO ASESINADO EN SARAJEVO». Atónito, el conde húngaro Battyanyi -alto mando militar al servicio del emperador- se puso a hablar en su lengua materna con unos compatriotas sobre la muerte del archiduque Francisco Fernando, hasta entonces considerado proclive a defender los intereses de los eslavos. Desconfiando de la lealtad de los húngaros al emperador, el teniente esloveno Jelacich les exigió que hablaran en alemán, como era habitual. «De acuerdo -aceptó el conde, hablando en alemán-. Mis compatriotas y yo celebramos que se haya muerto el cabrón».

Así acaeció el fin del multiétnico Imperio Habsburgo según la magistral novela *La marcha Radetzky*,¹ de Joseph Roth. El imperio se desintegró, pues, por una combinación de fatalidades, asesinatos, mala suerte y algunos componentes suicidas. Mientras los historiadores debaten si fue una muerte natural por agotamiento del propio sistema o una consecuencia más de la Primera Guerra Mundial, el fantasma del fallido experimento de los Habsburgo aún sigue rondando a los europeos. «Si el experimento austrohúngaro hubiera funcionado, la monarquía de los Habsburgo habría resuelto en su territorio el principal

problema de la Europa actual: la federación en armonía de naciones con valores y tradiciones diferentes así como la preservación de sus propios estilos de vida y la limitación de sus soberanías para poder conseguir una cooperación internacional pacífica y eficaz», escribió acertadamente en 1929 Oscar Jaszi, testigo y cronista del fin de la monarquía del Danubio.

Como ya sabemos, el experimento no llegó a producir resultado alguno porque no se supo resolver este problema. La novela de Roth deja patente que los artificiosos conglomerados políticos y culturales se desintegran rápidamente por sus propias deficiencias estructurales y por causas puramente accidentales. Son procesos inevitables e involuntarios, con dinámicas propias. Como los episodios de sonambulismo.

¿Está Europa actualmente en proceso de desintegración? ¿La salida del Reino Unido de la Unión Europea y el auge de los partidos euroescépticos son el resultado de otro experimento destinado a resolver el principal problema de Europa? ¿Está la UE condenada a romperse, como ya le sucedió al Imperio Habsburgo? ¿Será 2017 -año de elecciones en Holanda, Francia y Alemania- tan decisivo como lo fue 1917?

«Sabemos mucho de integración europea, pero casi nada de desintegración», ha observado acertadamente Jan Zielonka. Esto no es algo casual. Para los artífices del proyecto europeo la integración debía hacerse sin frenar ni mirar hacia atrás, y les bastaba con no mencionar la desintegración para creer que así la conjuraban. Pensaron que la Unión Europea no podría desintegrarse, pero no hicieron irreversible la integración. Aunque nuestro desconocimiento sobre la desintegración también se debe a otros motivos como, por ejemplo, lo difícil que resulta definirla: ¿Cómo podemos diferenciar la desintegración de la UE de su reforma o reconfiguración? ¿Podríamos considerar como desintegración la salida de varios países de la